

LA PARTIDA DE NAIPES



CUENTOS FANTÁSTICOS Y OTROS NO TANTO

Repartieron las cartas. Ambos reían. Ella lo miraba con ternura. Con la mirada de unos ojos cansados perdidos en la nada. Al repartir las cartas con sus torpes manos, las marcas de los años en el rostro de él le hacían recordar las suyas propias. Las cartas eran buenas, ella ganó esa vez. Volvió a posar sus ojos en el rostro del hombre y observó que sus labios resecos se habían contraído. Ella estaba contenta. Él, ya no sonreía. Empezaron de nuevo unas partidas más, ya que tenían por delante todo el tiempo del mundo. Ese tiempo, que parecía alargarse en la tarde lluviosa del cálido verano. Ese extraño compañero de viaje que se alarga o que mengua según sea su capricho. Ella pensó “¿Cuántas tardes lluviosas todavía nos esperan? El callado compañero del viaje de su vida parecía decirle: “que ya quedaban pocas”. Ella no lo escuchó...

Las cartas resbalaban de cuatro manos torpes. La partida seguía y ella volvió a ganar.

Ya no había sonrisas, tan sólo unas palabras y el silencio absoluto fue el que invadió la sala. Ella, muy lentamente, recogió la baraja, guardó el tapete verde, se refugió en su cuarto y observó la ventana bañada por la lluvia. Esa lluvia caliente del final del verano. La gloria de su pequeño triunfo ya se había esfumado. Se sentía culpable. Pero, ¿por qué? Mirando los cristales todavía mojados fue siguiendo el camino de las gotas de lluvia en sentido contrario y clavó su mirada en el cielo plomizo. “Dime, ¿acaso qué esperabas?”, se preguntó a sí misma. “¿Quizás una nueva sonrisa?, ¿un tierno beso?, ¿un suave abrazo?, ¿una cordial palabra de felicitación?”

El plomo fue tornándose en un negro profundo. La mano le dolía. El silencio se iba haciendo cada vez más espeso. De repente entró él y preguntó bajito: “¿Qué querrás que cene-
mos?”

La carne y el espíritu, como agua y aceite, jamás se mezclarán, por eso es tan difícil encontrar su armonía...

Valencia, verano de 2013